

Sandra Miró

# ¿QUÉ PODEMOS PERDER?



# *¿Qué podemos perder?*

Sandra Miró

# Capítulo 1



Sara

*Verano de 2016*

Son las ocho y cuarto de la tarde y aún no entiendo cómo me he dejado convencer para esto.

Mi prima Irene me ha liado, como siempre.

Debe de ser que, al estar tan juntas desde pequeñas, me tiene pillada la medida, y esta vez vamos a una fiesta de disfraces que da una amiga de un amigo suyo. Creo que me dijo que se llamaba Bárbara, aunque no estoy muy segura.

Pero vamos a ver, ¿desde cuándo voy yo a fiestas en las que no conozco a nadie?

Llevo haciéndome esta pregunta todo el día, incluso ahora, sentada en el sofá de casa de Irene.

Ella se ha ido a su habitación a cambiarse. Lleva días diciéndome las ganas que tiene de enseñarme su disfraz.

Obviamente, he intentado sonsacarle en más de una ocasión de qué va a ir disfrazada o que me diese alguna pista, para saber más o menos por dónde tirar yo. Pero no, no ha habido manera.

Miro hacia el techo mientras trato de buscar una excusa para no ir a la fiesta. Pero al cabo de unos minutos desisto, no puedo hacerle eso a mi prima.

De repente oigo que abre la puerta de la habitación y grita:

—¡Sara, pasa al baño o a la habitación de mi madre a cambiarte!

Buff..., no me apetece, pero suelto mintiendo:

—Síííí, ya voy.

Me acomodo en el sofá y saco el móvil esperando tener algún mensaje de mi madre pidiéndome ayuda en la peluquería.

Por favor, mamá, por favor, ¡escribeme!

Pero nada, hoy no tendré esa suerte.

Abro la aplicación de Twitter mientras oigo cómo Ene, apodo con el que llamo a mi prima desde pequeña, pone la canción *Locked Away*, de R. City y Adam Levine, a todo trapo en su habitación.

La oigo cantar y me la imagino bailando.

Pasan los minutos y sigo distraída mirando el móvil.

De repente, Irene baja el volumen de la música y oigo una puerta abrirse y unos pasos que se acercan.

Aparto la vista del móvil y lo bloqueo.

¡Que viene!

Mi prima asoma la cabeza por la puerta que da al salón, asegurándose de esconder bien su disfraz para que no lo vea.

Me mira muy seria y me pregunta:

—Pero vamos a ver, tía, ¿qué haces ahí tirada?

Mierda.

Me ha pillado.

La miro intentando poner cara de pena, y contesto:

—Es que no estoy segura de si ir a la fiesta.

—¡No jodas, Sara!

Ataquemos por el lado sensiblero.

—Al fin y al cabo, es tu amigo y yo no conozco a nadie allí. Va a ser incómodo.

Irene pone los ojos en blanco.

Después me mira y sonrío.

—¡Pero ¿qué dices?! Si lo vamos a pasar genial.

¡Ojalá!

—Habrá chicos, ¡piensa en eso! Aunque yo esté con Jesús, seguro que tú puedes conocer a alguno interesante —insiste emocionada.

Sonrío. ¿Qué le voy a hacer?

Mi prima sólo piensa en chicos. Hoy es Jesús, mañana Pablo. En fin...

—Además —añade—, Jesús me ha asegurado que Bárbara es

muy simpática y nos va a caer bien. Te enseñé unas fotos de ella el otro día, ¿te acuerdas?

Me pongo la mano en la barbilla haciendo que pienso.

Ni de broma me acuerdo.

—La verdad es que me quiere sonar lo que me cuentas, pero ni idea —admito finalmente.

Irene levanta los brazos y exclama:

—¡No esperaba menos de ti! Es alucinante lo rápido que olvidas las cosas.

La miro encogiendo los hombros.

La mala memoria es algo que va conmigo.

¡No puedo ser perfecta!

—En las fotos que te enseñé salía una chica de piel morena y pelo muy rizado y oscuro —continúa diciendo ella—. Ésa era Bárbara.

Sigo mirándola dudosa y pregunto:

—¿Tú crees que vi esas fotos?

—¡Claro, tía!

Odio que me llame «tía», y respondo:

—No sé.

—Venga, Sarita, dale una oportunidad a la fiesta y a Bárbara.

¡Mierda!

Ha utilizado el «Sarita», ha omitido el «tía» y sabe que eso me desarma.

Ahora es ella la que va por el lado sensiblero.

—Según me ha dicho Jesús, sois un tanto opuestas y puede que de primeras la vayas a prejuizar, pero algo me dice que, si le das una oportunidad, te caerá bien. Conócela.

Vale.

Está visto que hay que ir a esa fiesta sí o sí, y la verdad, a la tal Bárbara esa no me la está vendiendo muy bien.

—Además —insiste—, es mi último verano antes de entrar en la universidad e intentar convencer a mis padres para que me dejen irme a Londres, ya que veo que el curso de biotecnología en Canadá que me muero por hacer ¡ni se lo plantean! Tía, en nada, yo también seré universitaria como tú —termina diciendo con una gran sonrisa.

*Mamma mia.*

Qué idealizado está el tema de ser estudiante universitario.

Yo ya llevo un año y es lo mismo de siempre.

La única novedad es que tienes que organizarte un poco más a tu rollo.

Y eso de que «en la universidad estudias lo que tú quieres y te gusta» deberían decírtelo con ciertos matices.

Y ahí está mi prima mirándome.

Lo ha vuelto a hacer. Ha ido directa al corazón y ha tocado las teclas correctas, como siempre.

Asiento y sonrío. No me queda otra.

Y finalmente, y esperando que recuerde que voy a esa fiesta por ella, porque si de mí dependiera me quedaba en casa tan a gusto, suelto:

—Valeeeee, me has convencido.

Mi prima salta y sonrío. Yo también sonrío.

Hay que ver las cosas que se hacen por las personas que quieres.

De acuerdo, no me apetece, ¡pero iré!

Acto seguido, aprovecho y me lanzo hacia el lado izquierdo del sofá tratando de ver algo de su disfraz.

Pero Irene me conoce muy bien y sabe lo que intento, así que da media vuelta y regresa a su habitación, no sin antes gritar:

—Tía, ¡ve a cambiarteeeeeeee!

Suspiro y, como era de esperar, me doy por vencida.

Me levanto, cojo la mochila en la que he traído mis cosas y paso al baño.

Mientras me cambio, pienso en lo sorprendente que es que, después de tantos años, sigamos llevándonos tan bien.

No es que nos llevemos mal ni nada, sólo es que somos muy diferentes. Muy diferentes.

Se podría decir que ella de cara a la familia es la niña perfecta, y yo no tanto. Si ellos supieran la verdad, quizá... ¡se sorprenderían!

Sonrío recordando la de veces que mis tíos la dejaron salir con amigas porque iba yo entre ellas como persona responsable, y cómo con los años y por mis supuestas pintas todo fue cambiando.

Una vez termino de ponerme mi disfraz, me miro al espejo.

¡Tachán, soy toda una cocinera!

Intento colocar un poco mi pelo negro bajo el sombrero blanco.

No es que yo tenga mucho arte para estas cosas.

Salgo del baño y me dirijo a la puerta de la habitación de Irene.

Llamo dando tres toques y, antes de que pueda preguntar si puedo pasar, oigo cómo ella para la música.

Acto seguido, abre la puerta.

—¡RATATOUILLE! —exclama cuando me ve.

¡Me encanta esa película!

—Efectivamente —contesto riendo—. No sé si lo habrás adivinado por el traje de cocinera o por la ratita azul que llevo en el hombro —digo señalándome el hombro derecho.

Irene se echa a reír. Qué mona es cuando quiere.

A continuación, me mira y da una vuelta sobre sí misma, haciendo que la falda roja y blanca que lleva vuele en su dirección.

Está guapísima, y no tardo en hacérselo saber.

—Mi querida animadora americana, estás muy guapa —le digo guiñándole el ojo.

No sé cómo lo hace, pero a Irene todo le queda bien.

Si yo la describiera, diría que tiene un pelo rubio precioso.

Pero cuando ella lo hace, dice que es castaño y normal.

Tiene los ojos marrón claro y cara de niña buena, de esas que parece que no han roto un plato en su vida, aunque, la verdad, a mi parecer rompe vajillas enteras.

Todo lo contrario de mí, que tengo el pelo negro y los ojos tan oscuros que no se distingue la pupila del iris y, según mi tía Dácil, la madre de Irene, cada vez tengo más pinta de macarra.

La verdad, no tengo muy claro por qué lo dirá.

¿Será por mis tatuajes?

¿Por estudiar Bellas Artes?

¿O por vestir con tonos oscuros?

En fin, cosas de mi tía.

—¡Gracias, Sara! —contesta a la vez que se vuelve y coge su móvil—. Vamos a hacernos alguna foto.

Me tiende el teléfono, lo cojo y lo coloco en una estantería de su habitación, siempre buscando el mejor ángulo para que salgamos las dos.

Acto seguido nos hacemos unas cuantas fotos entre risas, cambios de posición y gestos.

Cuando Irene coge el móvil, me mira y pone cara de susto.

¿Qué he hecho?

—Venga, que vamos a llegar tarde.

Será por culpa suya, no mía.

He tardado en disfrazarme diez minutos.

Ella lleva dos horas y aún la veo echándose potingues en la cara.

¡Siempre a última hora!

Salgo de su habitación camino del baño para recoger mis cosas.

Una vez lo tengo todo controlado, primero cogemos las llaves de casa, luego las del coche, después los móviles, su bolso y, por fin, salimos.

En el camino vamos parlotando como siempre, nunca nos falta tema de conversación, hasta que llegamos al coche. Allí, Irene pone el GPS y busca la dirección donde vamos, mientras yo arranco y pongo el aire acondicionado.

¡Qué calor que hace!

Una vez localizada la dirección, le doy mi móvil para que, como siempre, haga de DJ. Irene rebusca música en mi Spotify y decide poner *Cheerleader*, de Omi.

—Qué apropiado, ¿no? —le digo.

Las dos reímos.

Menuda marchita más buena tiene la canción.

—Por cierto, tía, recuerda: ¡volvemos juntas!

Según la oigo decir eso, la miro, y, recordando quién es la que se escaquea siempre, respondo:

—Eso recuérdalo tú..., tía.

Una media hora después, tras muchas canciones y haber aparcado el vehículo, estamos frente a un gran bloque de pisos.

Aprovechamos que un señor sale a pasear un perro, al que me paro a acariciar con el permiso del dueño, y después entramos en el portal.

¡Lo que me gusta un animalito!

Una vez dentro, subimos al ascensor y mi prima pica al octavo.

Supongo que ahí vivirá la tal Bárbara.

El ascensor va lento..., lento..., lento. Vale, me estoy poniendo nerviosa.

Una vez llegamos a la planta y se abren las puertas, al salir del ascensor, oímos música y jaleo que provienen de la puerta ante la que nos detenemos.

Irene me mira, sonrío, llama al timbre y me guiña un ojo.

¡Uy, esa sonrisita!

¡Uy, qué miedito!

La fiesta no tenía ninguna temática en cuanto a disfraces, ¿o sí?

Me agobio. No quiero llamar la atención. De pronto la puerta se abre y aparece una chica negra, ¡guapísima!, todo sea dicho, disfrazada de la Sirenita.

La chica nos mira como intentando ubicarnos. Está visto que no le sonamos de nada, y antes de que pueda abrir la boca aparece Jesús, el amigo rollo de Irene, vestido de cowboy.

—¡Por fin estáis aquí! —exclama.

Instantes después, el cowboy le da un beso en la boca a mi prima, luego a mí uno en la mejilla y, mirando a la chica que va de Sirenita, indica:

—Bárbara, éstas son Irene y su prima Sara.

La anfitriona no tarda en saludarnos con dos besos mientras dice:

—¡Bienvenidas, chicas! Adelante, pasad.

¡Wow! ¡Wow!

Sólo el recibidor de la casa ya es más grande que mi habitación.

¡Qué pasada!

Cómo tiene que molar vivir en un sitio así. Con tanto espacio.

Miro con curiosidad a mi alrededor, cuando la tal Bárbara dice:

—¡Un momento! Antes de que entréis de lleno en la fiesta, vamos a hacernos una foto. Me la hago con todos los invitados cuando llegan, porque sé que después los *looks* no estarán en su mejor momento.

¡Chica lista!

Los cuatro reímos con el comentario.

Bárbara le da su móvil a Jesús y éste nos hace algunas fotos.

Una vez retratado el momento, Irene se va con Jesús, algo que ya esperaba, y yo aprovecho para darle las gracias a Bárbara. Al fin y al cabo, podríamos decir que soy una intrusa.

—Muchas gracias por invitarnos a tu fiesta.

Ella me mira con una gran sonrisa.

—¡No me las des! —dice pasándome el brazo por encima de los hombros—. Cuantos más seamos, mejor lo pasaremos.

Ojalá tenga razón. Qué maja parece.

Bárbara se separa de mí y, mirándome de arriba abajo, dice:

—Por cierto, me encanta tu disfraz. ¡La ratita en el hombro es lo más!

La ratita marca la diferencia. Sin ella, mi disfraz no terminaría de entenderse.

—¡Anda que el tuyo! —afirmo—. Me parece que has tenido una idea genial.

Ambas reímos, sabemos por qué lo hacemos, cuando ella suelta:

—¿Has visto? ¿Quién iba a esperarse que la Sirenita fuera negra? Nadie. El factor sorpresa es clave —explica con picardía.

Tiene razón.

Según la película de Disney, la Sirenita es una joven de tez clara, y no de tez oscura, pero la verdad es que el disfraz le queda que ni pintado, y, chocándole los cinco, afirmo:

—Vale, sólo por ese comentario ya me has ganado.

Sin duda, Bárbara y yo hemos empezado con buen pie.

¡Qué bien!

No entiendo por qué Irene me ha dicho antes eso de que éramos un tanto opuestas. Como no lo dijera porque yo soy blanca y ella es negra, no lo sé.

—Oye, Sara, mañana subiré algunas fotos a Instagram, así que, si quieres, luego me dices tu usuario para etiquetarte.

Vale, acabo de pillarlo un poco.

—¡Perfecto! —digo mientras la sigo por el pasillo hacia el salón.

Al entrar descubro que el piso es más grande de lo que imaginaba.

Esto parece una mansión.

Sólo falta que me diga que tiene un perro y que éste tiene habitación propia.

Hay gente por todos lados hablando, bailando, jugando, bebiendo...

A simple vista veo a un par disfrazados de doctores, un Peter Pan, un Minion, un Pitufo, una Tortuga Ninja, una zombi, a Barack Obama, una pirata, a Hermione Granger...

—A ver, te explico, aquí tienes el salón —empieza a decir Bárbara señalando una moderna y chulísima estancia en la que está casi todo el mundo—. La cocina está allí, justo detrás de la mesa del comedor. El baño es la puerta corredera de madera. Y por ese pasillo está mi dormitorio, el de mis padres y un par de habitaciones para invitados. Con sus respectivos baños, por supuesto.

*Mamma mia.*

Me he perdido sin ni siquiera moverme.

¿No tendrá un mapa para no desorientarme?

—Tienes una casa preciosa —le digo.

—¡Muchas gracias! Todo es cosa de mis padres.

¿Cómo que cosa de sus padres?

Y como no da más explicaciones, rápidamente pienso que serán decoradores, arquitectos o alguna cosa de esas.

Por cierto, ¿ha dicho baños en las habitaciones de invitados? Pero ¿cuántos baños tiene esta casa?

Madre mía..., y en mi casa, mi madre, mis hermanas y yo nos las apañamos sólo con uno. Si tuviéramos uno cada una, ¡sería alucinante!

—¡Ah! Lo más importante —añade entonces—. Estás en tu casa, o sea que, si quieres beber o comer algo, ve a la cocina y te sirves lo que te apetezca. Por mí, *no problem*.

—Vale, genial —contesto.

De momento puedo decir que esta chica es muy simpática.

Suena el timbre de la puerta y Bárbara se excusa para ir a recibir a los invitados recién llegados y, por supuesto, hacerse la foto de

rigor cuando entren. Decido acercarme a la cocina a coger algo de beber.

Cuando regreso miro a mi alrededor y sigo alucinando.

Veo a mi prima al fondo con unos amigos y me dirijo hacia ellos.

Tras pasar un rato hablando en el grupo con el que está, formado por Irene, Jesús, un doctor, una Tortuga Ninja, una hippie y yo, mi prima se acerca a mí y susurra:

—¿Ves aquellos de allí?

Miro hacia donde indica y, al ver a una parejita, añade:

—Los he pillado ya tres veces metiéndose unas rayitas de coca en el baño.

Vale, sé que hay personas que se divierten con eso, cuando mi prima, mirándome, me advierte:

—No creo que te ofrezcan, pero si lo hacen, ¡ni se te ocurra!

Sorprendida, la miro. Yo paso de drogas, como sé que ella también, y replico:

—Tranquila, y lo mismo digo.

Ambas sonreímos. Entonces, al ver mi vaso vacío, le digo:

—Ene, voy a por otra Coca-Cola, ¿quieres algo?

Ella mira el suyo y, extendiendo el brazo, dice:

—Guay, tía, para mí una Fanta, porfa.

Cojo su vaso, le guiño el ojo y me separo del grupo.

De camino a la cocina, observo a la gente.

Veo que Peter Pan y la zombi están enfrascados en una lucha por ver quién encesta más palomitas en un bol. También imagino que al Pitufito le va a durar la pintura azul en la cara unos días, porque por mucho que suda bailando, sigue teniéndola intacta.

Justo cuando voy a entrar en la cocina, oigo algo que me hace salir de mis pensamientos.

—¿Ratatouille? —dice una voz masculina.

Me vuelvo y veo bailando a un chico de antifaz, bonita sonrisa y cabello oscuro que tiene un peluche de una ratita azul en la mano.

¿Esa rata es la mía?

Me miro el hombro derecho y compruebo que no, no está ahí.

Sí, ¡ésa es mi rata!

Debe de haberseme caído. Por lo que, entrando en el juego, indico:

—Ratatouille soy. Encantada. Tú debes de ser Mister Increíble, ¿no?

El chico se ríe mientras baila. Tiene ritmo. Pone una pose a lo Mister Increíble y, a la vez que me devuelve el peluche, contesta:

—Me has pillado.

¡Qué gracioso!

Y cuando voy a decir algo, él añade:

—Confieso que sólo soy él cuando estoy salvando el mundo o en días excepcionales, como hoy. Cuando no llevo el antifaz y el traje rojo, la gente me conoce como Fran.

Ambos reímos, y afirmo:

—Entonces, encantada de conocerte —y siguiendo el juego indico—: Vale. Yo, cuando salgo de las cocinas, soy Sara.

Él asiente.

—Encantado, Sara.

Una vez dejo con cuidado los vasos vacíos que llevo en las manos sobre una estantería llena de libros, cojo la rata azul que él me tiende con amabilidad y la coloco en su sitio.

—¿Cocinas de verdad? —me pregunta con curiosidad.

¡Ay, chico, ojaláááá!

Aparto la vista del peluche, lo miro con una sonrisa y cuchicheo:

—Uy, qué va. —Una vez colocada la rata, vuelvo a coger los vasos de la estantería y añado—: No me gusta nada de nada cocinar.

El chico se ríe y yo matizo:

—Mi plato estrella es un estupendo sándwich con lechuga, tomate, queso y huevo duro, ¡me salen divinos!

—¡Eso no es cocinar, maja! —se mofa él.

Buenoooooooo, como entremos ahí...

¿Y eso de «maja»?

El término «maja» suena a persona mayor, pero, divertida, pregunto con curiosidad:

—¿Cuál es tu plato estrella, *majo*?

Mis palabras lo hacen sonreír de nuevo. Sin duda es un chico sonriente, y tras tocarse el antifaz para colocárselo, responde:

—Los que mejor me salen digamos que son la crema de calabaza, la tortilla de patatas y la lasaña.

Emmm...

Este chico, que tiene pinta de ser más joven que yo, sabe cocinar.

Pero bueno..., ¡este chico es todo un partidazo!

Qué desastre. ¡Soy un desastre!

—Te acompaño a la cocina, que tengo sed —oigo que dice a continuación.

Una vez entramos los dos en la misma, abro la nevera tal y como me ha indicado Bárbara y pregunto:

—¿Qué quieres, Fran?

Él mira curioso su interior y finalmente contesta:

—Una Coca-Cola Zero, por favor.

Mira, como yo. ¡Éste es de los míos!

Y, cogiendo una lata, se la lanzo e indico:

—Toda tuya.

Fran, que no esperaba que hiciera eso, se mueve rápidamente y consigue pillarla al vuelo. Vaya..., ¡es rápido de reflejos!

Con la bebida en la mano, me mira y, sonriendo, hace como si se limpiara el sudor de la frente. Casi la liamos. O, mejor, casi la lío. Pero no. Por suerte, no, y procedo a sacar bebida para mí y para Irene, cuando lo oigo que dice:

—Como anfitriona es un diez, pero sin duda el baile no es lo suyo.

Miro hacia donde indica y tengo que reírme al ver a Bárbara bailando. ¡Joder! Lo hace aposta o es arrítmica perdida. Sin dar crédito, Fran y yo la miramos hasta que finalmente él afirma:

—Como diría mi madre, no se puede tener todo.

—Ya te digo —asiento divertida.

Él empieza a hablar de nuevo a la vez que abre su bebida:

—Bueno, Sara, ¿y qué haces aquí? ¿De qué conoces a Bárbara?

Lo miro y pienso qué contestar. Puedo mentir o puedo decir la verdad, y, deseosa de ser sincera, me encojo de hombros y respondo:

—No la conozco de nada.

—¡Anda, como yo! —contesta mirándome.

¿En serio?

Entonces ¿no soy la única que está aquí sin conocer a la anfitriona?

Eso me gusta, y, divertida, abro las latas para servir los refrescos en los vasos y pregunto:

—Entonces... ¿te has colado?

Fran sonríe.

—Qué va, he venido con mi amigo Darío. Él es el que conoce a Bárbara.

—Más o menos como yo.

Le explico que Jesús es el último churri de Irene, y que él es quien conoce a Bárbara, para finalizar diciendo:

—Y supongo que mi prima me invitó a mí para tener asegurado un transporte de regreso a casa en caso de que el churri le falte.

No sería la primera vez que me hace eso. Como diría mi madre, «por el interés te quiero, Andrés».

Es lo malo de ser la primera de las dos en sacarse el carnet de conducir.

Fran recoge las latas vacías para tirarlas al cubo de reciclaje.

—Una tía lista, tu prima —comenta.

—¿A que sí? —respondo riendo.

Me acerco a la puerta de la cocina y busco con la mirada a la susodicha. Una vez la localizo, le hago un gesto a Fran con la cabeza para que se acerque.

—A tu derecha verás a Jesús —le indico—, es el que va vestido de cowboy. Pues bien, mi prima Irene es la animadora que está junto a él.

Soy consciente de cómo la mira. Le da un buen repaso y finalmente musita:

—Con pompones y todo. Eso ya es otro nivel.

Ambos reímos cuando, curiosa, intento saber quién es su amigo Darío.

¿Cuál de todos puede ser?

Observo la sala con detenimiento y creo que Fran adivina lo

que estoy pensando, porque, levantando el brazo, señala al Pitufo. Al de azul.

—¿Ése es Darío? —pregunto sorprendida.

—El mismo.

La pintura azul del rostro del Pitufo sigue intacta, e, incapaz de callar, digo:

—Tiene pinta de que va a estar azul un par de días...

Fran asiente, opina igual que yo y, tras dar un trago a su bebida, cuchichea:

—Se lo advertí antes de que se pintara, pero me dijo que le daba igual. Ya se arrepentirá, por cabezón.

—A ver si mañana le da tan igual —me mofo.

Una vez tengo mi bebida y la de Irene preparadas, cojo los vasos, pero antes de salir de la cocina miro a Fran y, levantando el mío, le digo:

—Venga, ¡chinchín!

—¿Por qué brindamos?

No sé. La verdad es que no sé por qué brindar, cuando él dice:

—¿Qué te parece por los disfraces?

—¡Perfecto!

Él sonríe, yo también, y chocamos nuestros vasos. A continuación, salimos juntos de la cocina y seguimos disfrutando de la fiesta.

Las horas pasan y la gente comienza a marcharse y, cuando me quiero dar cuenta, mi prima ya se ha pirado con su churri sin decirme nada, como siempre. ¡Joder con Irene!

Por suerte, he conocido a Fran y a Bárbara y estoy muy a gusto con ellos. Y me encanta ver que son de los míos. De los que piensan que no es necesario beber alcohol para divertirse.

Pasan las horas y aquí cada vez va quedando menos gente. Lo malo de hacer una fiesta en casa es que la peña no suele quedarse a ayudar a recoger el desastre de después y, sinceramente, es una putada para el anfitrión. En este caso, para Bárbara.

Por ello, y consciente de que un par de manos le vendrán bien a la Sirenita, sin dudar, me pongo a recoger vasos de las mesas, si-

llas, suelos, encimeras, estanterías..., mientras observo con el rabillo del ojo cómo la anfitriona se despide del que debe de ser su churri con besos muy apasionados.

Dejo de mirar. No quiero que me pillen.

Al verme, Fran corre a la cocina. ¿Adónde irá?

Instantes después, lo veo salir con una bolsa grande.

—Las vi una de las veces que fui a reponer bebida —cuchichea.

Asiento, no pregunto más, y se une a mi maravilloso equipo de limpieza.

Más tarde oigo que la puerta de la calle se cierra. El churri de Bárbara se ha marchado y, mirándome, me guiña un ojo a modo de agradecimiento.

¡Qué majos me parecen Fran y Bárbara!

Sin duda, para mí, ¡lo mejor de la fiesta!

Fran ha estado conmigo en todo momento y ella ha estado perpendicular de todo el mundo. Eso sí. O recogemos esto o cuando vengan sus padres, como poco, ¡se la comen!

¡Madre mía, cómo está la casa!

Instantes después, cuando Bárbara se despide de unas chicas disfrazadas de bruja y de hada, aparece por el salón y, con gestos de enorme gratitud, indica:

—Gracias..., gracias..., gracias...

Yo sonrío. Me hacen gracia sus «¡gracias!».

—Como vengan tus padres y encuentren la casa así, ¡te la ganas! —señalo.

Según digo eso, veo que ella se encoge de hombros.

—Tranquila. No vendrán.

Segundos después me entero de que Bárbara vive sola. Sus padres viajan por todo el mundo, por lo que dispone de la casa para ella sola.

¡Qué maravilla!

Aunque, bueno, yo prefiero vivir con mi madre y mis hermanas.

¿Qué haría yo sin ellas?

Mientras Fran y yo recogemos todo el estropicio, Bárbara nos promete una comida, una cena o lo que sea, y rápidamente nosotros

le decimos que no hace falta. Pero ella insiste y, total, al final aceptamos.

Segundos después se une al comando de limpieza. En la fiesta éramos más de sesenta personas, pero aquí y ahora sólo quedamos tres. Bárbara nos mira, se va directa al ordenador que tiene conectado a un altavoz y dice:

—Todo es mejor con música.

Acto seguido empieza a sonar la canción *Last Friday Night*, de Katy Perry.

Es un temazo, y los tres comenzamos a canturrear mientras recogemos.

Sin embargo, cuando llega el estribillo, la locura se apodera de nosotros y empezamos a bailar y a cantar como si no existiera un mañana. Fran y yo nos miramos. Ver bailar a Bárbara es curioso, cuando la oímos decir:

—Lo reconozco: todo el mundo cree que los negros llevamos el ritmo en la sangre, pero yo debo de ser la excepción, porque soy negra y bailo fatal.

Eso nos hace reír a carcajadas.

A lo largo de la fiesta, en distintos momentos, he comprobado que tanto Fran como Bárbara dominan el inglés perfectamente.

Se saben todas las canciones.

No como yo, que soy feliz inventándome la letra.

Lo damos todo bailando y, al terminar, Fran capta nuestra atención cuando dice:

—Oye, ¿os habéis dado cuenta de que los tres vamos disfrazados de personajes de Disney?

¿En serio?

Nos miramos unos a otros.

Ariel, Mister Increíble y Ratatouille.

Sin duda, mucho Disney hemos visto los tres.

¡Qué casualidad!

—¡Es el destino! —grita Bárbara entre risas tocándose las pulse-  
ritas de cuero que lleva en la muñeca.

Y, antes de que podamos decir nada, sale corriendo como una loca.

¿Adónde va?

Instantes después regresa al salón con su móvil en la mano, nos mira y dice:

—¡Esto merece una foto!

Coloca el móvil en la estantería que hay en la derecha y, como al inicio de la noche, nos hacemos varias fotos, esta vez, metiéndonos de lleno en nuestros respectivos papeles.

Ariel se tumba en el suelo cual sirena apoyada en una roca. Se coloca el traje para que no se le vean los pies y disponemos unos cojines grises a modo de piedras. Mister Increíble saca músculo y pone cara de esfuerzo. Y yo saco la cuchara de madera del bolsillo y hago como que pienso en mi próxima receta.